

El don de fortaleza (2)

En su doble aspecto de atacar y resistir, la fortaleza es muy importante y necesaria en la vida espiritual. En el camino de la virtud hay una gran número de obstáculos y dificultades que es preciso superar con valentía si queremos llegar hasta las cumbres. Es necesaria mucha decisión para emprender el camino de la perfección cueste lo que cueste, mucho valor para no asustarse ante la presencia del enemigo, mucho coraje para atacarlo y vencerlo y mucha constancia y aguante para llevar el esfuerzo hasta el fin sin abandonar las armas en medio del combate. Toda esta energía y firmeza la tiene que proporcionar la virtud de la fortaleza.

Vicios opuestos

A la fortaleza se oponen tres vicios: uno por defecto: **la cobardía o el temor**, que no quiere soportar las molestias necesarias para conseguir lo difícil. Dos vicios por exceso: **la impasibilidad o indiferencia**, que no teme los peligros que debería temer, y la **audacia o temeridad**, que desprecia las indicaciones de la prudencia saliendo al encuentro del peligro.

Virtudes anejas

Las virtudes que se relacionan con la fortaleza se distribuyen del modo siguiente:

a) Las que nos permiten acometer cosas grandes 1) con prontitud de ánimo y confianza en el fin: **MAGNANIMIDAD**; 2) sin desfallecerá pesar de los grandes gastos que ocasione: **MAGNIFICENCIA**.

b) Para resistir las dificultades 1) Causadas por la tristeza de los males presentes: **PACIENCIA Y LONGANIMIDAD**; 2) Sin abandonar la resistencia por la prolongación del sufrimiento: **PERSEVERANCIA Y CONSTANCIA**.

La magnanimidad

Es una virtud que inclina a emprender obras grandes, espléndidas y dignas de honor en todo género de virtudes. La magnanimidad supone un alma noble y elevada. “El magnánimo es un espíritu selecto, exquisito, superior. No es envidioso ni rival de nadie, ni se siente humillado por el bien de los demás. Es tranquilo, lento, no se entrega a muchos negocios a la vez, sino a pocos, pero grandes o espléndidos. Es verdadero, sincero, poco hablador, amigo fiel. No miente nunca, dice lo que siente, sin preocuparse de la opinión de los demás. Es abierto y franco, no imprudente ni hipócrita. Objetivo en su amistad, no se obceca para no ver los defectos del amigo. No se admira demasiado de los hombres, de las cosas o de los acontecimientos. Sólo admira la virtud, lo noble, lo grande, lo elevado: nada más. No se acuerda de las injurias recibidas: las olvida fácilmente; no es vengativo. No se alegra demasiado de los aplausos ni se entristece por los vituperios; ambas cosas son mediocres. No se queja por las cosas que le faltan ni las mendiga de nadie. Cultiva el arte y las ciencias, pero sobre todo la virtud. Es virtud muy rara entre los hombres, puesto que supone el ejercicio de todas las demás virtudes, a las que da como la última mano y complemento. En realidad, los únicos verdaderamente magnánimos son los santos” (Royo Marín).

A la magnanimidad se oponen cuatro vicios: por exceso se oponen: la **PRESUNCIÓN**, que inclina a acometer empresas superiores a las propias fuerzas; la **AMBICIÓN**, que nos impulsa a obtener honores indebidos; la **VANAGLORIA**, que busca fama sin méritos en qué apoyarla o sin ordenarla a la gloria de Dios. De la vanagloria, como vicio capital, proceden muchos pecados como la jactancia, el afán de novedades, hipocresía, pertinacia, discordia, disputas, desobediencias.

Por defecto se opone la **PUSILANIMIDAD**, que es el pecado de la falsa humildad o de los que tienen demasiada desconfianza en sí mismos.

La magnificencia

Es la virtud que inclina a emprender obras espléndidas y difíciles de ejecutar sin arredrarse ante la magnitud del trabajo o de los grandes gastos que sea necesario invertir. Se refiere a las grandes obras factibles, como la construcción de templos, hospitales, universidades, monumentos artísticos, etc. Es la virtud propia de los ricos que invierten sus riquezas para la gloria de Dios y el provecho de sus prójimos.

A la magnificencia se oponen dos vicios: la TACAÑERÍA O MEZQUINDAD por defecto; y por exceso el DERROCHE O DESPILFARRO.

La paciencia

Es la virtud que inclina a soportar sin tristeza de espíritu ni abatimiento de corazón los padecimientos físicos y morales. Esa más fácil combatir el mal que soportarlo. El mal crece debido a la inercia e inacción de los buenos. La paciencia, sirve como pretexto para la haraganería y la debilidad. No obstante hay problemas que no se pueden evitar. Combatirlos sería como darse la cabeza contra la pared. En primer lugar encontramos las enfermedades y los accidentes. Me duelen los dientes, no postergo la curación, voy al dentista pero ni yo ni él podemos evitar el dolor y las molestias de la operación.

La paciencia es la virtud que nos enseña a soportar en paz los contratiempos que no podemos evitar. Aunque parezca una capitulación sabemos que también en la guerra, algunas veces la única salida posible es elegir la prisión. Es humillante. Pero también encontramos hombres valientes que prefieren la muerte antes que la rendición. Si la paciencia debe ser una virtud positiva, no podemos concebirla solamente como una capitulación razonable, tiene que tener un sentido más profundo. Es lo que trataban de descubrir los antiguos estoicos. Para ellos lo más deseable es la paz interior. El combate continuo causa inquietud y termina siendo un mal mayor. Dice uno de ellos: “¿Te han roto el ánfora con el aceite o han derramado tu vino por tierra? Dite a ti mismo: ¿tanto dinero me cuesta la paz interior!”. Leemos en el Evangelio: “El que quiere seguirme que reniegue de sí mismo, tome su cruz y me siga” (Mt 16,24). En la vida diaria debemos soportar muchas dificultades. Pueden ser un gran medio de perfección si las aceptamos como cruces que debemos llevar, siguiendo a Jesús, o sea con una intención recta, con espíritu de fe, dándoles un contenido religioso. Dice Gaudier: “La paciencia es virtud. Su finalidad no es solamente mitigar, sino alejar del todo la tristeza y el abatimiento del alma que nos tienta en las dificultades. Soportemos firmemente y con magnanimidad cualquier dificultad que Dios permita; por esto no disminuye el deseo de perfección, no omitamos nuestros deberes, sino que continuemos guiados por el sano juicio y la voluntad de Dios”.

Sus principales grados son: **la resignación**, sin queja ni impaciencia; **la paz y la serenidad**, sin ese tinte de melancolía y tristeza que aparece en la resignación; **la dulce aceptación**, en la que empieza a manifestarse la alegría interior en las cruces; **el gozo completo**, dando gracias a Dios por asociarnos al misterio de la cruz; la locura de la cruz, que prefiere el dolor al placer y pone sus delicias en la configuración con el Cristo crucificado.

Contra la paciencia se levantan los vicios de la **impaciencia**, manifestada en ira, quejas y murmuraciones, y la **insensibilidad o dureza de corazón**, que no se inmuta frente a las calamidades.

La longanimidad

Es una virtud que nos da ánimo para tender a algo bueno que está muy distante de nosotros, cuya consecución se hará esperar mucho tiempo. “La longanimidad es una virtud que consiste en saber aguardar. Saber aguardar a Dios, al prójimo y a nosotros mismos. ¿En qué? En el bien que de ellos esperamos. Por consiguiente, **la longanimidad consiste en evitar la impaciencia que podría causarnos la demora o tardanza de ese bien.** Saber sufrir esta tardanza, he aquí, en realidad, lo que es la longanimidad. Por esto algunos la llaman la larga esperanza.

Es la virtud de Dios, que sabe aguardarnos a todos a nuestra hora; la virtud de los santos, siempre sufridos, siempre pacientes con todos. Grande y admirable virtud, que el apóstol San Pablo coloca entre los doce frutos del Espíritu Santo (Gal 5,22).

La perseverancia

Es una virtud que inclina a persistir en el ejercicio del bien a pesar de la molestia que su prolongación nos ocasione. Se refiere a la continuación del camino ya emprendido a pesar de los obstáculos y molestias que vayan surgiendo en él. Lanzarse a una empresa virtuosa es propio de la longanimidad, permanecer en ella es propio de la perseverancia. Es la virtud que permite afrontar la prolongación de la vida virtuosa hasta el fin y esto es imposible sin la gracia.

Sabemos que la libertad está unida a la posibilidad de cambiar. Pero cuando se cambia frecuentemente el hombre se parece a una veleta que gira según de dónde sopla el viento. Los movimientos de bandera al

viento nos alegran. Así se siente la joven que todavía no ha elegido marido y podrá elegir al que le gustará. Es lo que nos lleva a envidiar la independencia de los jóvenes.

Y sin embargo sabemos que este tipo de libertad no dura. La libertad, debe permanecer siempre porque es la condición de la perfección. Pero de esto no se deriva que se equivoque la chica que habiendo decidido casarse, quiere ser madre y tomar en serio los deberes de su nuevo estado de vida. La libertad con la que uno determina su vida y realiza su perfección en las sucesivas elecciones nos muestra que **el concepto de libertad es bastante diverso del de poder cambiar**. La bandera en el mástil es menos libre de lo que uno se piensa. Su posición depende del viento que es una fuerza externa. Las marionetas parecen ser libres pero sus movimientos dependen de los hilos a los que están sujetas.

Bien lo expresa Aristóteles: “Es libre lo que tiene su causa en el interior de sí mismo”. En la vida humana son muchas las necesidades. Dependemos de muchos influjos. Pero, sin embargo hay algo que se escapa de las causas externas. Es la decisión de la palabra dada libremente y que compromete toda la vida. Pocos se dan cuenta de ello. Las circunstancias nos conducen hasta una cierta situación, como el cortejo nupcial conduce a la novia hasta el altar. Pero allí hay dos testigos. Y estos con su firma, no atestiguan que han conducido la novia al altar, sino que han escuchado su “Sí” libre. Y por esto está obligada por toda la vida, no por el cortejo nupcial, sino por su decisión realizada libremente.

Confundimos la libertad con la capacidad de cambiar, con la independencia. En este caso, Dios que es inmutable, no sería libre. Y sin embargo la vida interior de Dios es totalmente libre, nada del exterior puede influenciarlo, vive por sí mismo, conoce y decide en sí mismo y por esto su conciencia y sus decisiones son firmes, eternas. La perfección cristiana debe ser siempre reflejo de las propiedades divinas, también la libertad humana.

La libertad del hombre no es absoluta. Y no por esto deja de ser imagen de Dios. Por esto, el que no obedece a Dios, no obedecerá ni siquiera a sí mismo y se volverá una marioneta en el teatro del mundo, movida por los hilos de las circunstancias y de las diversas influencias. ¿Importa, si, por casualidad, está interpretando a un Rey?

La constancia en la vida moral

Lo propio es robustecer la vida virtuosa contra las dificultades que provienen de cualquier impedimento exterior. La constancia es imagen de la inmutabilidad de Dios. Por esto la Iglesia exige firmeza en los votos, en los contratos, en las decisiones. No está permitido disolver el matrimonio válido. A duras penas la Iglesia accede a liberar los votos de los religiosos o los del celibato sacerdotal. Si esto sucede es signo de que en la sociedad disminuye el sentido de la firmeza.

Los libros de espiritualidad recomiendan, como ejercicio de la constancia, los buenos propósitos realizados bajo la vigilancia de un director espiritual estable. Dice irónicamente Santa Teresa que el camino del infierno está lleno de buenos propósitos nunca realizados.

Por lo tanto es importante conocerse a sí mismo, las propias posibilidades, la fuerza de la propia voluntad para proponernos cosas a nuestro alcance y mantenerlas. Hay faltas que se pueden corregir en pocas semanas, otras exigen meses. Las virtudes fundamentales se ejercitan toda la vida.

En la naturaleza nada se realiza rápidamente, todo exige perseverancia. Copérnico trabajó 36 años porque debía, según su nuevo sistema, colocar el curso de las estrellas en cálculos nuevos. Nos puede servir como símbolo a los cristianos que tenemos que reestructurar todos nuestros valores colocando a Cristo en el punto central.

Medios para perfeccionarse en fortaleza

1. Pedirla incesantemente a Dios. Porque todo don proviene de Dios y sin el auxilio de la gracia no podemos hacer nada.
2. Prever las dificultades que encontraremos en el camino de la virtud y aceptarlas de antemano. Esto sirve para ir perdiendo el miedo para afrontar las dificultades estando preparados para cuando vengan.
3. abrazar con generosidad las pequeñas molestias de la vida diaria para fortalecer nuestro espíritu contra el dolor.
4. Poner los ojos con frecuencia en Jesucristo crucificado. Contemplar el heroísmo de Jesús nos llena de coraje y reconforta en las dificultades.

5. Intensificar nuestro amor a Dios. El Amor es fuerte como la muerte (Cant 8,6) y no retrocede ante ningún obstáculo. Cuando se ama de verdad a Dios las dificultades en su servicio ya no existen. “Muy gustosamente continuaré gloriándome en mis debilidades para que habite en mí la fuerza de Cristo..., pues cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte” (2Cor, 9,10). Este heroísmo ya es efecto del don de fortaleza.

Alejandro Ferreirós